

Junio 20 / 1913

14.642

1847

LA HARMONÍA

REY PIANO

LA HARMONÍA EN RE DO

de

D. MIGUEL PISTORFIDO.

BARCELONA

A. VIDAL Y ROGER Editor de Música.

Ancha 35. Es Propiedad.

Personages.

La Princesa Coralina.

El Principe Zafir.

El Rey Pipino.

El Gran Duque Barba Roja.

El Conde Oscar.

Crupaloni.

Un paje.

Damas y Caballeros de la Corte.

Soldados, Lajes - &c.^a

Acto único.

5478

Una Sala de palacio: el fondo dá sobre un terrado. — Puertas en segundo término á derecha é izquierda. — Muebles Correspondientes.

Escena 1ª.

El Conde Oscar, Crapaloni y Soldados:

Haciendo la ronda el 1º con el Coro aparecen por el fondo á la izquierda y luego se adelantan.

— El Coro. —

! Mucha discrecion !

Hay que vigilar

Por si algun bribon

Viene hoy á rondar.

Hay que perorar

Antes que el candor

De ese dulce ser (señalando al cuarto de la princesa.)

Curbe un seductor.

— Crapaloni. —

¿ Quien vive ?

— Oscar. —

El Conde Oscar.

— Crapaloni. —

(El favorito del Rey Lipino) Adelante.

— El Coro. (cantado) —

¡ Mucha discrecion! &c....

(Repiten la estrofa viniendo á colocarse en el centro.)

Tase el estar de centinela

No haciendo frio ni calor;

Pero quien suda ó quien se hiela

De fijo está de mal humor.

(Ballado)

— Oscar. —

¿ El parte de hoy ?

— Crapaloni. — (dándole un papel)

Hélo aquí.

— Oscar. — (leyendo)

"Sobre el pretil de la azotea nord oeste buellas de pisadas sospechosas." Lo mismo de siempre. Aquí se introduce algun enemigo.

— Crapaloni. —

¿ Quien ?

— Oscar. —

Sin duda algun espia del Gran Duque Barba
Roja que desea cogernos en cualquier renuncio para
deshacer el casamiento de su hijo con la Princesa
Coralina y arrebatarle á nuestro Rey sus estados.

— Crapaloni. —

Anexionárselos, diceis.

— Oscar. —

Lo mismo dá.

— Crapaloni. —

No olvidemos que hoy cumple diez y siete
años la Princesa, y que al llegar á esta edad debe
ignorar completamente lo que es el amor, si ha de
dar su blanca mano al Principe Hafre.

— Oscar. —

¡ Defendamos el trono!

¡ — Crapaloni. —

¡ Y la dinastía!

— Oscar. —

¡ Velemos por la Princesa!

— Todos. —

¡ Velemos!

(Crapaloni repitiendo con el coro la estrofa de introduccion vase por el fondo
hacia la d^{ra}.)

Escena 2ª

Erapaloni. — despues Lafiz que ha escatado
la azotea ; viene envuelto en una gran capa que arroja
à su tiempo sobre una silla, descubriendo un rico traje.

— Erapaloni. —

¡ Un gentil-hombre del Rey haciendo
centinela como un simple soldado ! Gracias que
hoy debe ser el último dia !

— Lafiz. — (entrando)

¡ Véneme aqui ya .

— Erapaloni. —

¿ Quien vive ?

— Lafiz. —

¡ Silencio !

— Erapaloni. —

A qui no se entra .

— Lafiz. — (arrojando su capa y
titando de la Espada.)

¡ Vive Dios ! Si das un paso, ó un grito te
clavo sobre la puerta de mi amada, como un
murciélago .

— Erapaloni. —

Cero mi consigna

— Zafir. —

Mandala al diablo.

— Crapaloni. —

Es que arriesgo mi cabeza?

— Zafir. —

¿Cuanto vale tu cabeza?

— Crapaloni —

No tiene precio.

— Zafir. — (arrojándole un bolsillo.)

Mira si está pagada con esa bolsa.

— Crapaloni. — (Examinándola y devolviéndole algunas monedas)

Sobran tres pesetas.

— Zafir. —

Y ahora debo decirte que amo à la hermosa
jóven que habita este palacio.

— Crapaloni. —

¡Cielos!

— Zafir. —

Un dia, estando con mi padre en su
gabinete vi entrar un mensajero que le entre-
gó un medallon. Al dia siguiente, à pesar
del cuidado con que papà le ocultó, lo tenia
yo en mi poder. Hóelo aquí.

— Czapaloni. —

¡El retrato de la Princesa!

— Lafiz. —

¿No es verdad que se le parece? Verlo y sentir en mi corazón como una caldera que hierve.... bum!.... bum!... fué obra de un momento. Escusado es decirte que desde aquel instante no tuve otro deseo que hallar el original. Corrí el mundo en su busca. Pero juzga tu de mi sorpresa de mi alegría, cuando al atravesar hace tres días, este país, vecino al nuestro, descubrí á una mujer acomodada á un balcon — demasiado alto para poderla hablar — y era ella! Ella á quien había ido yo á buscar tan lejos, teniéndola tan cerca! Quiero hablarla.

— Czapaloni. —

¡Imposible!

— Lafiz. —

¿Pero tu no sabes que mi padre me ha anunciado ayer bruscamente que quería — casarme?

— Czapaloni. —

¿Con quien?

— Lafie. —

Papá me ha dicho que no me importaba;
y yo he venido aquí para robar á la mujer
que adoro.

— Crapaloni. —

¿ A la Princesa Coralina ?

— Lafie. —

¿ Coralina ? Gracias por haberme
dicho su nombre. — ¡ Ahora márchate !

— Crapaloni. —

(Voy á prevenir al Conde Oscar.) (Háse fondo 3.^o)

Escena 3.^a

— Lafie. —

(Música) Sal pronto, amiga bella,
Sal pronto por favor!
Alumbra hermosa estrella,
El cielo del Amor.
Si del mundo yo

Me viera rey, noble doncella
No sería, nó,

Mas que del ángel que mi pecho amó.

Tu rostro, amada mía.
 Es de mi vida el sol.
 Un rayo al alma envía
 De mágico arbol.
 Lejos tú, mi bien,
 Se faltará la luz al día
 A mi lado ven;
 Al verte creo que hallaré un eden.

Escena 4^a.

Zafir - Crapaloni - El Conde Oscar - Cortesanos.

(hablado.) — Crapaloni. —

¡Alto ahí, señor trovador!

— Zafir. —

(Cae en la ratonera.)

— Oscar. —

Llebad á un calabozo á ese rascandil.

— Zafir. —

¡Cómo se entiende! Os atrevéis á insultar
 al Príncipe Zafir?

— Oscar. —

Que escucho! El hijo y heredero del gran

duque Barba-Roja!

— Lafir. —

¡ El mismo!

— Czapaloni. —

¡ El prometido de la Princesa Coralina!

— Lafir. —

Como! Es ella la que me destinan por esposa! La mujer que adoro.

— Oscar. —

Señor!.....(Esto se complica.) Retiro las palabras que os hayan podido ofender.

— Lafir. —

¡ Oh felicidad! Pronto volveré; y esta vez espero que nadie me cerrará el paso.

— Czapaloni. —

¡ Ilustre Principe!.....

— Oscar. —

El cielo guarde vuestra preciosa vida!

— Lafir. —

¡ Hasta mas ver!



Escena 5ª

Coro - Crapaloni - Oscar - Pipino (anunciado por un Page.)

— Oscar. —

¡Bah! El peligro no era tan grande. Bien podía ese loco ver y aun hablar á la Princesa, sin temor alguno de nuestra parte; porque la hija de nuestro precioso soberano... pobrecilla! es muy guapa; pero simple y bestia como....

— Page (anunciando) —

¡El Rey!

— Oscar. — (adelantándose á recibir al Rey: este despidió al page.)

¡Señor!

— Pipino. —

¿Y bien, amigos míos? Ya sabéis que esta tarde á las seis y catorce minutos debe llegar el gran duque Barba Roja en busca de mi hija, á su heredero prometida. ¿Que educación habeis dado á la Princesa?

— Crapaloni. —

¡Señor! Con la satisfaccion del deber cumplido me permitire' deciros sin temblar: la Princesa es un ángel! (Cono enfático y solemne)

— Pipino. —

¿Y tu, Conde Oscar, qué me dices?

— Oscar. —

Soy de la opinion de mi ilustre colega.
El ha dicho: «La Princesa es un angel!». Yo iré
mas lejos en mi ruda franqueza: No, señor:
no es un angel, sino dos... tres... cuatro... cinco...
una docena... una ramillete de ángeles!.....

— Lipino. —

¡Bien, hombre!.....

— Oscar. — (entusiasmándose.)

¡Cuando un rey quiere saber la
verdad, quien se la dirá, sino sus fieles cortesanos.
Y aunque el destierro, la muerte misma, debiere
ser la recompensa de mi lenguaje, yo añadiré
que esa interesante criatura es el vivo retrato
de su padre. — ¡He dicho! — Tomad ahora mi
cabeza.

— Lipino. —

Estoy satisfecho, Conde. — Y vamos á lo
esencial. Ya sabeis que hace diez y siete años,
el mismo dia en que nació mi hija Coralina,
el gran duque Barba-Roja me ganó la batalla
de Se-doma. Al hacirme prisionero me dijo:
«Ondiera anexionarme tus estados; pero soy generoso»

El cielo acaba de darme un hijo: sé que tu también tienes una heredera: concertemos el futuro enlace de ambos.....y pelillos à la mar. Pero ten en cuenta, añadió, que si al cumplir tu hija los diez y siete años, época en que ha de efectuarse el casamiento, ella no conservase la misma inocencia — lo entiendes bien? — la misma que en el día; si supiera una palabra de amor, retiro la mía y me quedo con tus estados — « Ahora bien?.....

— Oscar. —

Nada temais.

— Crapaloni. —

La Princesa.....

— Pipino. —

Ese es el punto que necesitamos tratar; puesto que sois los encargados de su educacion. Yo en el tiempo transcurrido, para no ser un obstáculo à vuestros proyectos, me he abstenido casi de aparecer ante ella, contentándome con abrazarla por las mañanas. — Buenos días, hija. — Buenos días, papá!..... y más. Ahora bien, en que estado se encuentra respecto à ese particular.

— Oscar. —

¡ Sobrecilla es una bestia !

— Pipino. —

¡ Cuidado ! Acabais de decir que se me parecê.

— Oscar. —

(¡ Demonio !) Me querido decir, señor, que ignora todo lo que pudiera comprometer su inocencia.

— Pipino. —

¡ Ya ! ¿ Y cual ha sido vuestro método ?

— Erapaloni. —

No habiendo visto mas que gente como nosotros, claro está que ella no tiene aun idea de lo que es un buen mozo

— Pipino. —

¿ Y quié mas ?

— Oscar. —

Hebemos descartado de su educacion todas las palabras que empulean de ordinario los seductores.

— Erapaloni. —

De modo que si algun temerario osara

dirigirle cualquier palabra de amor.

— Pipino. —

Ella.....

— Oscar. —

No le comprendería.....gracias a esto
(Sacando un libro del bolsillo.)

— Pipino. —

¿Y qué es esto? (tomando el libro.)

— Oscar. —

Un diccionario que yo he compuesto
para uso particular de la Princesa.

— Pipino. —

¿Un diccionario?

— Oscar. —

En el cual se desfigura el sentido de
las palabras y hasta el de los gestos. Abrirlo,
señor, al azar y leed.

— Pipino. —

No me parece mala idea. Veamos. (leyendo)

"Dolor de muelas — sentimiento agradable que nos
arrastra hacia las personas que nos son simpáticas."

— No comprendo.....

— Oscar. —

Si apesar de nuestra vigilancia. un